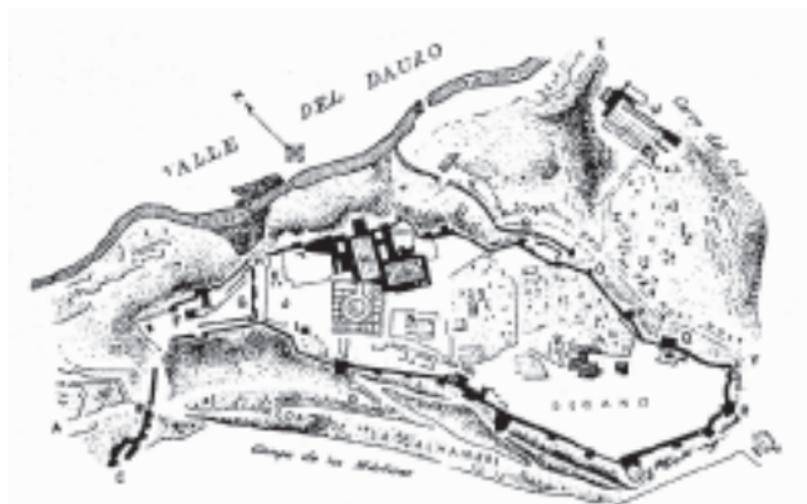


CUENTOS DE LA ALHAMBRA



Plano de la fortaleza de la Alhambra. Dibujo de Joseph Pennell

INTRODUCCIÓN DE ELIZABETH ROBINS PENNELL

NO es posible olvidar a Washington Irving en la Alhambra. Con un sólo libro, este americano, sencillo, gentil y afable se ha convertido en un personaje más del Palacio Rojo de los moros, no menos importante que el de Boabdil o Lindaraja sobre los que escribió. Y sin embargo, quizá nunca un libro buscó su popularidad de forma más involuntaria. Irving visitó Granada en 1828. Regresó al año siguiente y le alquilaron, como vivienda, los aposentos del Gobernador de la Alhambra. Pasó allí varias semanas en las que su amor por el lugar crecía de día en día, cada hora. Fue este cariño y no otros motivos más complejos los que le empujaron a describir sus patios y jardines y recoger sus leyendas. Este trabajo fue el entretenimiento de sus momentos de ocio, y ocupó el intermedio entre la finalización de una historia más seria, en la actualidad casi desconocida, y el comienzo de la siguiente.

No muchos hombres podían escribir, por entonces, sobre España y lo español con tanta naturalidad. Porque en 1829, mientras, entre los muros levantados por Alhamar y Yusef, él escuchaba los cotilleos de Mateo y Dolores, en París, Alfred de Musset escribía sus *Cuentos de España (Contes d'Espagne)* y Victor Hugo publicaba una nueva edición de *Orientales*. Un año más tarde se libraría, en la Comédie Française, la batalla del *Hernani*; unos pocos más y Théophile Gautier se encontraría cruzando los Pirineos. Había pasado tiempo

desde que Châteaubriand, pionero del romanticismo, pudo despachar la Alhambra con una palabra. Hugo, al hacer volverse todos los ojos hacia el Este, había afirmado que España también era oriental y para sus discípulos, el viaje, ensoñado o real, a través de la tierra que Irving recorría con el gozo de una mente abierta, era la excusa para la profesión de su fe literaria. Irving, sean cuales sean sus logros, viajaba sin la carga de una misión y libre de prejuicios. No hay razón para creer que nunca hubiera oído hablar de los románticos o el papel que España estaba jugando en la revolución; pero había estado en París mientras se formaba la tormenta; y había regresado después de que el famoso chaleco rojo de Théophile Gautier se hubiera hecho famoso en los alborotos del Théâtre Français. En cualquier caso, como los auténticos genios de nuestros días, guardaba su saber para sí mismo.

A Irving lo trajo a España un trabajo literario. Algunos años antes había asistido al naufragio total del negocio de su hermano. Aquel fue el segundo acontecimiento importante en su, hasta entonces, tranquila y gris existencia. El primero fue la muerte de la muchacha con la que iba a casarse, pérdida que le privó de todo interés o ambición. No tenía de momento necesidad de trabajar y su salud era delicada. Hizo algún viaje; un turista inteligente, simpático y observador. Escribió alguna cosa y, con *Knickerbocker*, descubrió que era un autor. Pero su trabajo como escritor no tenía rumbo ni destino hasta que, a sus treinta y cinco años, la quiebra de su hermano le forzó a hacer de la literatura una profesión.

Fue tras haberse publicado sus *Sketch-Book*, *Bracebridge Hall* y *Old Christmas*, y de que su recepción fuera de las que satisfacen hasta a los escritores de la presente generación, que miden la excelencia de un trabajo por el precio que se ha pagado por él, cuando alguien sugirió que podría hacer la traducción de los viajes de Colón que un autor español, Navarrete, tenía entre manos. Murray, pensaban, pagaría una bonita suma por la tra-

ducción. Pero Murray, sin embargo, no estaba seguro; quería, era un hombre listo, ver primero parte del manuscrito. Y eso sólo podía ser una vez que Irving hubiera comenzado el trabajo. Pero ya en Madrid y sin compromiso concreto, encontró el papel de traductor mucho menos interesante que el de historiador y, pasado algún tiempo, su trabajo en España dio como fruto su *Vida de Colón*. “Excavando en la rica veta” de la viejas crónicas, en la biblioteca de los jesuitas, en San Isidoro¹, encontró un tema colateral a la historia que estaba investigando y que le atrajo sobre todos los demás. Se trataba de la conquista de Granada, el brillante episodio que siempre le había fascinado, cuando de niño jugaba a orillas del Hudson y dividía su simpatía entre el caballero español, de armadura de plata y oro, cabalgando por la Vega, y el piel roja que blandía su tomahawk en el “sendero de la guerra”. Así que, en ocasiones, se olvida de Colón para dedicarse a reunir materiales que le permitan escribir, como autor, una nueva historia de la Conquista. Para consultar nuevos materiales, parte hacia Andalucía una primavera (1828) cuando comienzan a florecer los almendros; y Granada, claro, entra en su recorrido. Así que la casualidad le trae a la Alhambra donde (1829) la cortesía del Gobernador y la amabilidad de Tía Antonia ponen a su disposición las habitaciones de la hermosa Princesa de Parma, desde las que se ven los naranjos y las fuentes de los jardines de Lindaraja.

La Alhambra desvela sólo la mitad de su encanto al visitante de paso. Sé, por propia experiencia, cuán improbable resulta que la costumbre empañe su infinita variedad; cómo se incrementa su belleza cuando, día tras día, observa uno los juegos de luces y sombras sobre sus muros; cómo, día tras día, cedemos a los sueños indolentes para los que se edificó. Hubo un verano en el que, durante todo julio y agosto, sus salones y patios

¹ N. del T.: Debe ser San Isidro.

me cobijaron del brillante y cegador sol de Andalucía y, a medida que pasaban las semanas, se fortalecía el embrujo que me retenía allí. Para Gautier, el lugar se enriqueció con un nuevo atractivo por una simple noche que durmió en el Patio de los Leones. Pero a Irving le perteneció, tanto de día como de noche. Lo conoció antes de que degenerase en un museo mal gestionado y anejo a un tienda de fruslerías para turistas; y había escuchado todas sus historias y había tenido tiempo para inventárselas antes de que se lo llevasen a la Legación Americana en Londres, con un nombramiento diplomático inútil e innecesario.

El libro no se publicó hasta dos años más tarde (1832). Irving, aunque, en cierta manera escribía para ganarse la vida, se tenía mucho respeto como para aceptar publicar a la primera propuesta. Sus editores ingleses eran Colburn y Bentley y su edición precedió en unos pocos meses a la americana que sacaron Lea y Carey, de Philadelphia. El mismo año vio otras dos ediciones en París, una de Calignani y la otra de la Foreign Library, de Baudry, así como una traducción al francés de la casa Fournier. El éxito de *La Alhambra* fue inmediato. De Musset y Victor Hugo habían dejado al gran público de Francia tan indiferente como siempre sobre las tierras del otro lado de los Pirineos. Irving levantó un tornado de aplausos populares en Inglaterra y América, donde, de repente, convirtió a España, que los románticos habían considerado su expolio, en botín de la *burguesía* que despreciaban. Y no fue sólo el gran público el que aplaudía. Hubo pocos hombres de letras en Inglaterra que no diesen al libro una entusiástica bienvenida.

Creo que, sin sospechas de deslealtad, hoy nos sorprendería un poco su éxito. Ciertamente, en su primera edición, *La Alhambra* sonaba tosca y artificiosa, aunque comparada con el pomposo bodrio que Roscoe publicó dos años después para acompañar los grabados de David Roberts, es como para ver en ella una obra maestra. Irving, más crítico que sus lectores, sabía que nece-

sitaba una revisión. “Es generalmente trabajo perdido”, dijo en una ocasión, en carta a Alexander Everett, “tratar de mejorar un libro que ya ha causado su impresión al público”. Sin embargo, en 1857², casi terminó por reescribir *La Alhambra* cuando preparó la edición de sus obras completas para Putnam, un editor neoyorkino; y la obra ganó enormemente en el proceso. No tanto por la adición de algunos capítulos o de la revisión de los antiguos sino, más bien, por los cambios realizados en el mismo texto —un ligero toque de color local por aquí; redondear un párrafo por allá, o el desarrollo de algún incidente. Por ejemplo, *El viaje*, tan alegre y vital en la versión final, era antes la simple constatación de unos hechos, sin lugar para las pequeñas aventuras del camino: el descanso en el viejo molino, cerca de Sevilla; las descripciones de Archidona, Antequera, Osuna, nombres que añaden el valor de lo pintoresco a la cabalgada; las charlas y leyendas en la posada de Loja. Otro cambio, menos laudable, es la omisión en esta edición de la dedicatoria a Wilkie. Era un amable tributo al pintor británico que con algunos otros colegas —Lewis y Roberts— fue barrido por la marea de orientalismo que llevó a los franceses Marilhat y Decamps, Fromentin y Delacroix, al Este y que no había perdido su fuerza en tiempos de Regault. La dedicatoria estaba bien escrita, era cordial, sentida; un amable recuerdo de las andanzas que habían realizado juntos en Toledo y Sevilla y del interés que ambos compartían por la belleza que los moros habían dejado y que marcaba su paso por la tierra que ambos estaban aprendiendo a amar. Como recuerdo de la amistad entre autor y artista bien se la podría haber dejado; y con más razón que algunos de los capítulos históricos que ayudaron a inflar el volumen.

Incluso en la edición revisada sería fácil empequeñecer a Irving ahora que está de moda minusvalorarlo.

² N. del T.: En realidad, la edición revisada para Putnam es de 1851.

Ciertamente *La Alhambra* no posee nada del espléndido melodrama de la obra de Borrow, *La Biblia en España*, nada del pintoresquismo que recoge Gautier. Está muy lejos de ser algo “al estilo de Haroun Alraschid” con un toque de especias árabes, como Wilkie le había animado a añadirle. Tampoco sus faltas son del todo negativas. Tiene sus momentos anodinos. Abundan las repeticiones. Ciertos adjetivos se reproducen con una insistencia irritante. La Vega es florida, la batalla, sangrienta y la doncella mora es, casi sin excepción, una belleza. Y, aún peor, se duplican las descripciones, prácticamente el mismo pasaje reaparece una y otra vez como por un afán de rellenar o como la simple verborrea del escritor descuidado. En realidad, parece obvio que muchos de los capítulos meramente históricos los encajó aquí porque estaban a mano y no tenía otro medio mejor donde colocarlos; así que los salté discretamente, por lo que quedan menos dudas para omitirlos todos de la presente edición. Publicar una edición abreviada de *Tom Jones* o expurgar a Shakespeare puede parecer absurdo; pero eliminar algunos capítulos de *La Alhambra* es simplemente evitarle al lector tener que saltárselos. No se produce ninguna pérdida pues todos los hechos importantes y las descripciones aparecen de forma más gráfica y entretenida en otros lugares del libro.

Puede que parezca un disparate presentar una nueva edición de obra tan popular destacando sus defectos. Pero podemos permitirnos ser sinceros cuando hablamos de Irving. *La Alhambra* podría tener fallos más serios y aún así su atractivo sobreviviría triunfante la prueba de las más duras críticas. Porque, cuanta sutileza, cuanta elegancia, pueda faltarle al estilo de Irving siempre se distinguirá por ese algo que, a falta de un nombre mejor, llamaremos encanto, una cualidad tan difícil de definir como creía Lowell cuando la encontraba en un poema o en un perfume. Pero ahí está, en todo lo que Washington Irving escribió; y nos da la clave de los inagotables elogios de sus contemporáneos: de Coleridge,

quien declaró que *La Conquista de Granada* era una *chef d'oeuvre*; y Campbell que consideraba que Irving había añadido claridad a la lengua inglesa; de Byron, Scott y Southey; de Dickens, cuyos bolsillos estuvieron llenos, durante algún tiempo, con las obras de Irving, sobadas y gastadas; de Thackeray quien equiparaba al americano con Goldsmith, y le describía como “uno de los maestros más atractivos de nuestro lenguaje más cotidiano”.

Mucho de esta capacidad de agradar se debe, sin duda, a la sencillez y sinceridad del mejor estilo de Irving. A pesar de una cierta tendencia a ser difuso. A pesar de su capricho por el adorno, cuando hay una historia que contar puede ser tan sencillo y directo como el “érase una vez” de los cuentos infantiles con el que comienza muchos de los suyos: y con mucha razón pues las leyendas de la Alhambra no son sino cuentos para niños adultos. Y no hay duda de su amor por todo lo que sepa a romance. En este sentido es raro que no sienta lo que dice y no lo diga con todo su corazón, y te convence, mientras que desconfías de la emoción de De Amicis, arrancando lágrimas de admiración ante el hecho erróneo, o de Maurice Barrès, que ve toda España a través de una neblina de sangre, voluptuosidad y muerte. Fue la fuerza de sus sentimientos por la Alhambra lo que llevó a Irving a escribir en su alabanza, no el deseo de describir emociones de manera mecánica. El humor y los sentimientos son las dos características que algunos críticos han visto como rasgos predominantes en sus escritos, los mismos que en su carácter. Es una combinación afortunada; sus sentimientos, aunque con frecuencia amenazan, raramente se desbordan en un torrente, al quedar contenidos en sus cauces por el sentido del humor que raramente le abandona. Su capacidad de observación le fue aún de más utilidad. Sabía usar los ojos. Podía ver las cosas por sí mismo. Y era muy rápido en detectar el carácter. En ocasiones podemos encontrarle algún desliz. En sus paisajes los rojos montes de Alhama se elevan cada vez que lo considera

más efectivo para la pintura; y la nieve nunca se derrite en las laderas de Sierra Nevada, que yo he visto completamente pardas a mitad del verano. Sólo a través de la lupa de la tradición es capaz de contemplar la mano y la llave que aparecen sobre la Puerta de la Justicia; símbolos tan magnificados en la ficción y tan insignificantes en la realidad que ni nos fijaríamos en ellos salvo porque cada libro, papel y párrafo, cada pedigüeno, cada redundante charlatán, quiero decir cada guía, de Granada no dejan de insistir en que los miremos. Pero son discrepancias mínimas. En definitiva, su capacidad de observación nunca le dejó en mal lugar. Puede que no tenga un solo pasaje que iguale la fuerza y brillantez de la maravillosa descripción que Gautier hace de una corrida de toros en Málaga; pero sus impresiones eran tan claras, el testimonio que de ellas nos deja tan fiel que el efecto de su libro permanece mientras que los logros de un escritor de palabras más refinado se recuerdan sí, pero de forma más vaga. Es Irving quien mejor nos prepara para la severa grandiosidad y lo abrupto e impresionante del terreno entre Sevilla y Granada. Ahora se puede hacer el viaje en tren. Pero viajar por carretera como él hizo, como hemos hecho nosotros, es comprobar que las áridas montañas y los pasos abruptos que describe no están más exagerados que los agradables valles y llanuras que cobijan. Porque España no es todo jolgorio, como a la mayoría de los viajeros les gustaría imaginar; como la han reflejado la mayoría de los pintores, salvo Daumier en sus cuadros de Don Quijote entre las yermas colinas de la Mancha. Y si nada en Granada y la Alhambra puede resultar totalmente inesperado es porque lo hemos visto todo de antemano, con Irving, desde la alta Torre de Comares y las ventanas del Salón de Embajadores; o porque le hemos seguido por los baños y mezquitas y los patios del silencioso Palacio; hemos cruzado el riachuelo hasta los jardines más frescos del Generalife y hemos subido al Albaicín, hasta la blanca iglesia que hay en su cima.

Ha habido muchos cambios en la Alhambra desde los días de Irving. El Patio de los Leones perdió su encanto tras arrancarle las rosas que lo llenaban cuando él lo vio. El abandono que encontró era más pintoresco que la restauración y la pretendida organización actual. A Irving le impresionaron los esfuerzos que el entonces Comandante, Don Francisco de Serna, estaba haciendo para mantener el Palacio en estado de conservación y detener su más que cierta ruina. Si los predecesores de De Serna, pensaba, hubieran cumplido las obligaciones de su cargo con la misma fidelidad, la Alhambra se habría conservado casi como los moros, o al menos como la monarquía española, la dejó. ¿Qué hubiera dicho de la Alhambra, uno se pregunta, viendo cómo se gestiona ahora? El abandono completo resulta, en ocasiones, menos peligroso que un celo pretendido. El estudioso, controlado, marcado y neutralizado por el exceso de papeleo, no ha ganado nada con la vigilancia oficial; ni es el Palacio más seguro porque se haya transferido la responsabilidad de una mujer amable y charlatana a media docena de guías apáticos. La techumbre quemada de la antecámara al Salón de Embajadores muestra el descuido del que son culpables los nuevos funcionarios; los fósforos y colillas esparcidas por patios y salones demuestran que tan elocuente aviso ha sido en vano. Y si en la Alhambra han dejado suelto al restaurador, el Generalife es propiedad de un italiano³ interesado en enseñar a los perezosos españoles las maneras más tajantes de la joven Italia. Ya se han cortado y derribado sin miramientos, a lo largo de aquella sin par avenida, cipreses tan viejos como Zoraida; y su destrucción, nos tememos, no es sino el principio del final.

Pero cualesquiera que hayan sido los cambios que

³ Se refiere a la familia Durazzo Palavicino, marqueses de Campo-téjar, que fue hasta comienzos del siglo xx propietaria del Generalife y la Casa de los Tiros.

estos pasados sesenta años hayan traído a Granada, la popularidad del libro no ha decrecido con el tiempo. Ni Ford ni Murray ni Hare han sido capaces de remplazarlo. El turista lo lee entre los muros que el libro celebra con la misma devoción que sus entusiastas leen a Ruskin en Florencia. Sirve de guía en el Patio de los Leones y en los jardines de Lindaraja. Es el manual del estudiante en el alto *mirador* de las Sultanas y el patio de la mezquita en el que pintó Fortuny. Te lo ofrecen, en traducción española, casi nada más cruzar la entrada. Las habitaciones de Irving en el Palacio están siempre cerradas para que el guía pueda sacarse un dinero extra por abrir, como un favor personal, unos apartamentos que la mitad de la gente desea ver. Igual que los barcos a vapor *Rip Van Winkle* y *Knickerbocker* se afanan río Hudson arriba y abajo, así el *Hotel Washington Irving* se levanta a la sombra de la Alhambra. Incluso los espíritus y geniecillos que pueblan con su hechizo cada soto y cada jardín, son creación suya, como los propios españoles se apresurarán a deciros; aunque pocos sepan explicar quién fue Irving, o “Washington” en su expresión familiar. Y de esta forma su nombre ha quedado tan asociado con el palacio que, igual que Diedrich Knickerbocker será recordado mientras Nueva York exista, Washington Irving no será olvidado en tanto en cuanto el Palacio Rojo se asome a la Vega y se mantengan las tradiciones moras en Granada.

ELIZABETH ROBINS PENNELL

EL VIAJE

EN la primavera de 1829, el autor de este libro, al que la curiosidad había llevado a España, hizo un viaje sin ruta prevista desde Sevilla a Granada, en compañía de un amigo, miembro de la embajada rusa en Madrid. Nos había unido el azar siendo de puntos tan distantes del globo, y unos gustos similares nos llevaron a recorrer juntos las románticas montañas de Andalucía.

Y en este momento, antes de seguir adelante, permitidme que me explaye, con unas pocas aclaraciones previas, sobre el paisaje español y los viajes por España. Habrá muchos que se imaginen España como una suave región sureña, adornada con las gracias exuberantes de la voluptuosa Italia. Por el contrario, aunque se dan excepciones en algunas de las provincias marítimas, es, en su mayor parte, un país duro y melancólico, con escarpadas sierras y llanuras dilatadas y ondulantes, desprovistas de arbolado, silenciosas y desoladas más allá de cualquier descripción, y que comparten el carácter salvaje y solitario de África. La ausencia de pájaros y sus trinos, consecuencia natural de la falta de bosquecillos y setos, contribuye a su silencio y soledad. Se puede ver al buitre y al águila sobrevolar en círculos los cortados de las sierras y planear sobre las mesetas mientras bandadas de asustadizas avutardas se mueven entre los brezales; pero las miríadas de pajarillos que alegran toda la extensión de otros países sólo se pue-

den encontrar en unas pocas provincias españolas, y aún allí, sobre todo, en los huertos y jardines que rodean los lugares habitados.

En las provincias interiores, el viajero atraviesa, en ocasiones, grandes sembrados de cereales, que cubren cuanto abarca la vista, de un verdor cimbreante en ocasiones y en otras desnudos y quemados por el sol; pero, en vano buscará la mano que los trabajó. Al fin percibe una aldea, sobre una empinada colina o un risco roquero, con murallas a punto de desplomarse y un torreón en ruinas; una plaza fuerte, en el pasado, defensa en las guerras fratricidas o las incursiones de los moros; porque, como consecuencia de los ataques de los salteadores, aún se conserva en la mayor parte de España la costumbre de que los campesinos se agrupen para defenderse mutuamente.

Pero, aunque una gran parte de España está falta de arboledas y bosques y del sedante y encantador atractivo que proporcionan los cultivos, sin embargo, sus paisajes poseen, en su austeridad, una gran nobleza a la que se añaden los valores de su gente; yo creo que entiendo mucho mejor al español orgulloso, resistente, frugal y sobrio, su hombría al desafiar las dificultades y su desprecio del relajamiento afeminado, desde que he conocido el país y sus moradores.

Hay algo también en la adusta sencillez de las tierras españolas que imprime en el espíritu una sensación sublime. Las inmensas llanuras de las Castillas y de la Mancha, que se extienden hasta donde el ojo alcanza, atraen el interés precisamente por su propia desnudez e inmensidad, y poseen, en cierto grado, la solemne grandeza del océano. Al recorrer esos baldíos inmensos, la vista capta, aquí y allá, un rebaño trashumante, guardado por un solitario pastor, inmóvil como una estatua, con su esbelto cayado enhiesto en el aire como una lanza; o se puede percibir una recua de mulas moviéndose cansinas por la paramera, como una caravana de camellos en el desierto; o un solitario jinete, rondando por el

llano, armado con trabuco y estilete. El país, sus costumbres y la apariencia de sus habitantes tienen algo del carácter árabe. La general inseguridad del país se evidencia en que todo el mundo lleva armas. El boyero en la dehesa, el pastor en el campo llevan mosquete y navaja. Es raro que un labrador acaudalado vaya a las ferias sin su *trabuco* y hasta es frecuente que le acompañe un criado, igualmente armado, a pie; el viaje más corto se planifica con la estrategia de una partida de guerra.

Los peligros de la carretera conforman, en consecuencia, un estilo de viaje que recuerda, a menor escala, las caravanas de Oriente. Los *arrieros* se reúnen formando convoyes y parten, los días establecidos, en caravanas numerosas y bien armadas; los viajeros ocasionales se unen a ellos y aumentan así su fuerza. De esta forma primitiva se realiza el comercio en el país. El medio más usual de comerciar es el que practica el arriero, que es quien realmente recorre el país, cruzando la Península desde los Pirineos y *Asturias* hasta las *Alpujarras*, la *Serranía de Ronda* e incluso las mismas puertas de *Gibraltar*. Lleva una vida frugal y sacrificada; unas *alforjas* de paño burdo contienen su magra reserva de provisiones; un recipiente de piel, que cuelga del arzón de la silla, le sirve para llevar vino o agua de la que se abastece mientras cruza las áridas montañas o las secas parameras; la manta de la mula, tendida sobre el suelo, le sirve de lecho por las noches y el baste de almohada. Su constitución, de baja estatura pero de miembros bien proporcionados y con nervio, manifiesta su fortaleza; su faz es morena y tostada por el sol; la mirada decidida, pero de expresión tranquila excepto cuando la enciende una pasión repentina; su comportamiento es franco, varonil y educado y nunca se cruza con alguien sin saludarle con un cumplido: “*Dios guarde à usted!*” “*Va usted con Dios, Caballero!*”

Como estos hombres arriesgan con frecuencia toda su fortuna en la carga de sus mulas, tienen siempre a mano sus armas, colgadas de las sillas y listas para usar-

las en una defensa desesperada; pero la unión de varios les proporciona seguridad contra las pequeñas bandas de merodeadores mientras que el *bandolero* solitario, aunque armado hasta los dientes y montado en un corcel andaluz, se mantiene al acecho, como el pirata ante la flota de navíos mercantes, sin osar asaltarles.

Los muleros españoles poseen un caudal inagotable de canciones y baladas con las que entretener su incesante caminar. Los aires son toscos y sencillos y constan de unas pocas inflexiones. Los cantan con voz profunda y una cadencia larga y arrastrada, montados con ambas piernas al mismo lado de la mula que parece escucharles con suma seriedad y llevar el compás de la tonadilla con su caminar. Las estrofas que así cantan son, con frecuencia, viejos romances sobre los moros, leyendas de algún santo o canciones de amor; o, lo que es aún más frecuente, baladas sobre un osado *contrabandista* o un peligroso *bandolero*, porque ambos son héroes poéticos para el común de los españoles. En ocasiones, el mulero se inventa sobre la marcha una canción que hace referencia a algún suceso local o a los incidentes de la jornada. Esta facilidad para cantar e improvisar es frecuente en España y dicen que la han heredado de los moros. Produce un sentimiento de embriagadora libertad escuchar estos cantos amorosos en los parajes indómitos y solitarios que ellos van alegrando, junto con el acompañamiento esporádico de los cascabeles de las mulas.

Produce también un efecto de lo más pintoresco el cruzarse con una recua en algún puerto de montaña. Se oyen primero los cascabeles de las mulas guías, que rompen con su sencilla cadencia el silencioso aire de las alturas; o, quizá, la voz del mulero que grita a algún animal lento o descarriado o que canta, a plena voz, una tonada tradicional. Por fin, ves las mulas que recorren lentamente las curvas del rocoso desfiladero, descendiendo, en ocasiones, precipicios que hacen recortar su silueta claramente contra el cielo; otras veces esfor-

zándose en ascender los pedregosos abismos que ves a tus pies. A medida que se acercan, percibes la alegre decoración de sus arreos, cintas, mantas y sudaderas; y, cuando pasan, los *trabucos*, que cuelgan tras los fardos y las sillas, siempre preparados, son una advertencia de lo inseguro del camino.

El antiguo reino de Granada, en el que estábamos a punto de entrar, es una de las regiones más montañosas de España. Vastas sierras, o cadenas de montañas, desnudas de arbustos o árboles y moteadas de mármoles diversos y granitos, recortan sus cimas requemadas por el sol contra el azul intenso del cielo; pero en su rocoso seno se albergan verdosos y fértiles valles, cuyo dominio se disputan el desierto y el vergel e incluso la misma roca está, parece, obligada a dar higos, naranjas y limones y a florecer con el mirto y la rosa.

En los escabrosos pasos de estas montañas la presencia de poblaciones y villas amuralladas, que se aseman como nidos de águila sobre los cortados, coronadas de almenas moras o atalayas en ruinas encaramadas en inaccesibles picachos, traen a la mente el recuerdo de los caballerescos días de la guerra entre cristianos y musulmanes y la romántica pugna por la conquista de Granada. Mientras atraviesa estas altas sierras, el viajero se ve, con frecuencia, obligado a echar pie a tierra y a conducir su caballo arriba y abajo por unas cuevas empinadas y de piso tan desigual que recuerdan los quebrados escalones de una escalera. En ocasiones el camino zigzaguea a lo largo de precipicios que producen vértigo, sin parapeto que proteja al viajero de las profundidades que parecen querer engullirlo, y se precipita luego por declives pronunciados, sombríos y peligrosos. En otras ocasiones avanza con dificultad entre barrancos quebrados, que han labrado las torrenteras invernales, ruta oculta de *contrabandistas*; al tiempo y cada poco, la sobrecogedora presencia de una cruz, recuerdo de robos y crímenes, levantada sobre un montón de piedras en algún paraje solitario del camino, recuerda al viaje-

ro que se encuentra en los dominios de los bandidos y quizá en ese mismo momento bajo la mirada de algún bandolero al acecho. En ocasiones, al pasar entre los estrechos valles, le sobresaltan fieros bramidos y, al mirar a lo alto puede ver, en algunas parcelas verdes del monte, una manada de toros bravos andaluces que se crían para las corridas. Yo he sentido, si puedo expresarlo así, la atracción del horror al tener, al alcance de la mano, a esos terroríficos animales dotados de una tremenda fuerza, que recorren indómitos y salvajes sus pastos naturales y que casi no han visto seres humanos: no conocen a nadie salvo al solitario vaquero que los cuida y quien, incluso él en ocasiones, no se atreve a aproximárseles. El grave bramido de estos toros y su amenazador aspecto cuando otean desde los altos roquedales añaden fiebre al agreste paisaje.

Me ha traicionado el inconsciente y me he lanzado a una disquisición más larga de lo que pretendía al hablar de las características generales de los viajes por España; pero todos los recuerdos de la Península nos producen un afecto que los hace muy gratos.

Como la ruta que nos habíamos propuesto hacer para ir a Granada atravesaba regiones montañosas, en las que los caminos son poco mejores que senderos de mulas y decían que los salteadores los ocupaban con frecuencia, tomamos las precauciones propias del caso. Tras mandar la parte más valiosa de nuestro equipaje un día o dos por delante con los arrieros, nos quedamos sólo con la ropa y lo preciso para el viaje y el dinero para los gastos del camino; también unos dólares extra, lo que se llama “bolsa para el salteador”, para poder satisfacer a los “caballeros del camino”, caso de que nos asaltasen. Desgraciado del viajero que, por demasiado precavido, olvide esta precaución y caiga en sus garras con las manos vacías; capaces son de molerle las costillas por privarles de su parte. “Semejantes *caballeros* no se pueden permitir patear los caminos y arriesgarse a la horca por nada.”

Nos proporcionaron un par de corceles resistentes, para que nos sirviesen de monturas, y un tercero para llevar nuestro escaso equipaje y a un mocetón vizcaíno, de unos veinte años, que nos iba a hacer unas veces de guía, otras de mayordomo y criado y siempre de escolta. Para este último cometido iba armado de un *trabucho* o carabina con el que prometió defendernos de los *rate-ros* que actuaban solos porque en lo que se refería a las bandas poderosas, como la de los *hijos de Écija*, ya nos confesó que superaban su valentía. La víspera del viaje estuvo haciendo un alarde exagerado y jactancioso de su arma, aunque, para vergüenza de su pretendida experiencia, la llevaba descargada y colgada tras la silla.

De acuerdo con las condiciones que concertamos con el propietario que nos alquiló los caballos, quedaba a su cargo el pago del pienso y estabulación durante el viaje al igual que el mantenimiento del criado vizcaíno, al que se la había provisto de los fondos precisos para ello. Ya tuvimos buen cuidado, sin embargo, en darle a entender a este último que, aunque habíamos cerrado el trato con su amo, a él sólo podía resultarle favorable ya que si comprobábamos que era honrado y leal, tanto él como los caballos podrían vivir a nuestra costa y podría ir a su bolsillo el dinero previsto para su mantenimiento. Esta largueza desacostumbrada y el regalo de un puro, de vez en cuando, nos ganó por completo su corazón. Era, ciertamente, una criatura fiel, alegre y bondadosa, tan versado en dichos y proverbios como aquel milagro de escudero, el famosísimo Sancho, cuyo nombre, a partir de entonces, le dimos y que, como auténtico español, aunque nosotros le tratábamos con la familiaridad que da la camaradería, nunca jamás, ni en sus momentos de mayor hilaridad, sobrepasó los límites de un respetuoso decoro.

Éstos fueron los detalles de nuestros preparativos para el viaje; pero, sobre todo, añadimos una abundante carga de buen humor y una genuina disposición por ver siempre el lado amable; estábamos dispuestos a viajar al

estilo de los *contrabandistas*; a tomar las cosas tal como viniesen, duras o maduras, y mezclarnos con toda clase y tipo de gente en una especie de fraternidad de trotamundos. Es la forma en que hay que viajar por España. Para el viajero que asuma esta disposición y actitud, ¡qué país resulta éste, en que hasta la más miserable de las ventas está tan llena de aventuras como un castillo encantado y cada comida resulta en sí misma un triunfo! ¡Allá los que se quejen por la falta de carreteras de peaje y hoteles suntuosos y todas las engorrosas comodidades que ofrece un país culto y civilizado hasta convertirlo en doméstico y monótono. ¡Amí que me den las subidas por las ásperas montañas, el azaroso errar a la aventura, las primitivas pero francas y hospitalarias costumbres que le dan a la vieja y romántica España el sabor excelente de lo auténtico!

Así preparados y atendidos, salimos a buena marcha de la “hermosa ciudad de Sevilla” a las seis y media de la mañana, un hermoso día de mayo, en compañía de una dama y un caballero, conocidos nuestros, que cabalgaron junto a nosotros algunas millas, tal y como se acostumbra en las despedidas españolas. Nuestra ruta pasaba por la vieja *Alcalá de Guadaira* (Alcalá sobre el río Aira), benefactora de Sevilla, a la que surte de pan y agua. Aquí viven los panaderos que envían a Sevilla el delicioso pan que la hace tan famosa; aquí se fabrican aquellas *roscas* tan conocidas por la denominación, bien ganada, de *pan de Dios*, con las que, por cierto, dijimos a nuestro hombre, Sancho, que llenase las alforjas para el viaje. Con razón se ha llamado a esta pequeña y benéfica ciudad el “horno de Sevilla”; con razón se le ha llamado *Alcalá de los Panaderos* porque la mayoría de sus vecinos pertenecen a ese gremio y por la carretera real de aquí a Sevilla hay un constante tráfico de mulas y borricos cargados con grandes paneras de barras y roscas.

He dicho que Alcalá proporciona agua a Sevilla. Hay aquí enormes aljibes o depósitos, construidos por los ro-

manos y los moros, desde los que se lleva el agua a Sevilla a través de hermosos acueductos. Los manantiales de Alcalá son casi tan alabados como sus hornos y a la claridad, dulzura y pureza de sus aguas se atribuye, hasta cierto punto, la exquisitez de su pan.

Aquí nos detuvimos algún tiempo, junto a las ruinas de su castillo moro, un lugar muy concurrido por las gentes de Sevilla en sus excursiones, y en el que nosotros habíamos pasado muy buenos ratos. La muralla es de una gran extensión, con troneras, y encierra una gran torre cuadrada, con los restos de mazmorras y graneros subterráneos. La corriente del Guadaira rodea la colina, al pie de esas ruinas, murmurando entre las cañas, juncos y nenúfares y entoldada por rododendros, escaramujos, mirtos amarillos y una gran variedad de flores silvestres y plantas aromáticas; a lo largo de sus orillas hay plantíos de naranjos, limoneros y granados entre los que pudimos oír las tempranas notas del ruiseñor.

Un pintoresco puente cruzaba el riachuelo y en uno de sus extremos se elevaba el antiguo molino moro del castillo, defendido por una torre de piedra amarilla; la red de un pescador estaba puesta a secar contra la pared y muy cerca, en el río, se veía la barca; en la plácida corriente se reflejaba un grupo de campesinas, con vestidos de vivos colores, que cruzaban el puente. Todo el conjunto formaba un admirable tema para un paisajista.

Los viejos molinos moros, tan a menudo junto a corrientes apartadas, son elementos típicos del paisaje español y recuerdan los peligrosos tiempos de antaño. Son de piedra y con frecuencia, en forma de torre, con saeteras y almenas para poder defenderse en aquellos tiempos belicosos en que el país estaba sujeto, a ambos lados de la frontera, a incursiones repentinas y saqueos inesperados y en que los hombres tenían que trabajar con las armas al alcance de la mano y en lugares en los que encontrar refugio temporal.

Nuestra siguiente parada fue Gandul, donde quedaban los restos de otro castillo moro, con su torre en rui-

nas, nido de cigüeñas, y una vista que domina una amplia *campiña*, o planicie fértil, con la serranía de Ronda en la distancia. Estos castillos eran plazas fuertes que defendían los valles de las *talas* o incursiones a los que estaban expuestos, durante las cuales los trigales podían quedar arrasados, los rebaños y las manadas de ganado barridas de los pastos y, junto con los campesinos cautivos, arrastrados en largas *cavalgadas* al otro lado de la frontera.

En Gandul encontramos una posada tolerable; la buena gente no pudo decirnos la hora porque el reloj sólo sonaba una vez, dos horas después del mediodía; hasta ese momento había que adivinarla. Supusimos que era buena hora para comer, así que, tras desmontar, pedimos un almuerzo. Mientras lo preparaban, visitamos el lugar, que fue residencia del marqués de Gandul. Todo estaba hecho una ruina; sólo había dos o tres salas habitables y muy pobremente amuebladas. Aún así, quedaban destellos de grandeza; una terraza por la que habrían caminado hermosas damas y gentiles caballeros; un estanque y un jardín abandonado, con emparrados y palmeras datileras. Allí se nos unió un orondo cura que reunió un ramillete de rosas y se las ofreció, con mucha gentileza, a la dama que nos acompañaba.

Bajo el palacio se encontraba el molino, con naranjos y aloes delante y un precioso caudal de agua pura. Nos sentamos a la sombra y los molineros, dejando su trabajo, se sentaron a fumar con nosotros, porque los andaluces siempre están dispuestos a charlar. Estaban esperando la visita del barbero que iba una vez a la semana para ponerles en orden las mejillas. Llegó poco después un muchacho de diecisiete años, montado en un borrico, impaciente por enseñar sus *alforjas* nuevas, que acababa de comprar en una feria; le habían costado un dólar, que debía pagar el día de San Juan (junio) y para entonces confiaba en haber tundido suficientes barbas como para haberlo ahorrado.

Para cuando el lacónico reloj del castillo dio las dos,

ya habíamos terminado nuestra comida. Así que, tras despedirnos de nuestros amigos de Sevilla y dejar a los molineros en manos del barbero, partimos para nuestro viaje por la campiña. Era una de esas enormes llanuras tan comunes en España, en las que durante millas y millas no hay ni árboles ni casas. Desgraciado el viajero que tiene que atravesarlas, como nosotros, expuesto a fuertes y frecuentes chaparrones de agua. No hay escape ni refugio. Nuestra única protección era las capas españolas que casi cubrían hombres y caballos, pero se tornaban más pesadas con cada milla. Justo cuando acabábamos de sufrir un chaparrón ya veíamos otro acercándose lenta pero inexorablemente; por fortuna, en el intervalo solía romper a brillar el cálido sol andaluz que arrancaba de nuestras capas volutas de vapor y las secaba, en parte, antes del siguiente remojón.

Poco antes del ocaso llegamos a Arahal, un pueblecito entre colinas. Lo encontramos alborotado por una partida de *miquelets* que patrullaban la región a la caza de bandoleros. La llegada de extranjeros como nosotros era algo poco frecuente en un pueblo del interior; semejante suceso crea con mucha facilidad en estos pueblecitos españoles un ambiente propicio a habladurías y conjeturas. Mi posadero, junto con dos o tres camaradas del mismo caletre, con capas pardas, estudiaba nuestros pasaportes en un rincón de la *posada* mientras un *alguazil* tomaba notas a la tenue luz de una vela. Los pasaportes estaban en lenguas extranjeras, lo que les causaba perplejidad, pero nuestro escudero Sancho les asistió en sus estudios y magnificó nuestra importancia con la grandilocuencia propia de un español. Mientras tanto, la generosa distribución de unos pocos cigarros nos había ganado los corazones de los que estaban a nuestro alrededor; al poco, toda la población parecía haberse puesto en movimiento para darnos la bienvenida. El mismísimo *corregidor* vino a presentarnos sus respetos y nuestra patrona trajo hasta nuestro cuarto, con toda ceremonia, un sillón con asiento de enea para que se acomodase

tan importante personalidad. El comandante de la patrulla cenó con nosotros, un andaluz vivaracho, hablador y sonriente, que había hecho una campaña en Sudamérica y que narraba sus éxitos en el amor y la guerra con frases pomposas, gestos vehementes y una muy peculiar manera de entornar los ojos. Nos dijo que tenía una lista de todos los bandoleros de la región y pretendía dar caza a cada uno de aquellos hijos de su madre; también nos ofreció algunos de sus soldados como escolta. “Uno es suficiente para protegerles, *señors*; los bandoleros me conocen y conocen a mis hombres; la vista de uno solo es suficiente para que el terror recorra toda la sierra.” Le agradecemos su ofrecimiento, pero le aseguramos, en su mismo tono, que con la protección de nuestro temible escudero, Sancho, no teníamos miedo ni a todos los bandidos de Andalucía.

Mientras cenábamos con nuestro fanfarrón amigo oímos las notas de una guitarra y el repiqueteo de unas castañuelas a los que se unió un coro de voces cantando una canción popular. Sucedió que nuestro posadero había reunido a todos los cantantes y músicos aficionados y las bellezas locales y, cuando salimos, el *patio* de la posada era el reflejo de una auténtica fiesta española. Nos sentamos, con el posadero, la posadera y el comandante de la patrulla, bajo un arco que daba al patio; la guitarra pasó de mano en mano, pero el Orfeo del lugar resultó ser un jovial zapatero. Era un individuo de buena figura, con enormes patillas negras; llevaba las mangas recogidas hasta el codo. Tocaba la guitarra con magistral destreza y cantó unas cortas canciones de amor, mientras lanzaba expresivas miradas a las mujeres de las que, estaba claro, era el favorito. Bailó luego un *fandango* con una opulenta damisela andaluza entre el regocijo de los presentes. Pero ninguna de las féminas podía compararse a la preciosa hija de la patrona, Pepita, que, tras escabullirse, se había arreglado para la ocasión, con rosas en el pelo y que se distinguió luego en un *bolero* con un joven y guapo soldado de dragones.

Le encargamos al posadero que sacase vino y refrescos gratis para toda la gente y aunque la asamblea era una mezcla variopinta de soldados, muleros y vecinos del pueblo, nadie sobrepasó los límites de una fiesta comedia. La escena podía servir de modelo para un pintor; el pintoresco grupo del baile, los soldados con su atavío entre civil y militar, los aldeanos envueltos en sus capas pardas; y no debo omitir la presencia del *alguazil*, viejo y flaco, con una corta capa negra, que sin prestar atención a nada de lo que estaba sucediendo allí estaba sentado en una esquina escribiendo con diligencia a la tenue luz de una enorme lámpara de cobre que podría ser de los tiempos de Don Quijote.

La mañana siguiente amaneció brillante y balsámica, como deben serlo las mañanas de mayo, según los poetas. Dejamos Arahál a las siete, con toda la *posada* a la puerta para despedirnos, y seguimos viaje a través de una región fértil, cubierta de cereales y hermosa en su verdor, pero que, en verano, terminada la recolección y con los campos agostados y terrosos, debe resultar monótona y solitaria; porque, como en la jornada de ayer, no hay a la vista ni casas ni gente. Esta última se agrupa en pueblos y plazas fuertes, como si aquellas feraces llanuras estuvieran aún sujetas a las correrías de los moros.

A mediodía llegamos a un soto, junto a un arroyo, en un rico valle. Allí desmontamos para comer. Era, en verdad, un lugar exuberante, entre flores silvestres y plantas aromáticas, con los pájaros cantando a nuestro alrededor. Sabedores de la escasez de las despensas de las ventas españolas y de los despoblados caminos que debíamos atravesar, nos habíamos preocupado de que las *alforjas* de nuestro escudero estuvieran bien repletas de fiambres y su *bota*, en la que cabrían unos cuatro litros, llena hasta el gollete de un buen vino de *Valdepeñas*. Como dependíamos más de estas cosas para nuestro bienestar que incluso de su *trabucho*, le recomendamos que estuviera más atento a mantenerlas bien cargadas; y debo decir, en honor suyo, que su homónimo

Sancho Panza, amante de la buena mesa, nunca fue un proveedor más previsora. Aunque las *alforjas* y la *bota* recibieron frecuentes y vigorosos asaltos a lo largo del viaje, tenían el maravilloso don de rellenarse, con nuestro vigilante escudero saqueando cuanto sobraba de nuestras comidas en las posadas para ofrecernos, junto al camino, estos agasajos que eran su mayor placer.

En la ocasión presente desplegó sobre la hierba una sorprendente variedad de sobras, graciosamente acompañadas por un jamón que había traído de Sevilla; luego, tras sentarse a alguna distancia, se solazó con lo que quedaba en las alforjas. Una visita o dos a la bota le pusieron tan alegre y cantarín como un saltamontes ahíto de rocío. Cuando comparé cómo conseguía él el contenido de sus *alforjas* con la forma en que Sancho espumaba las ollas del cocido en las bodas de Camacho, me di cuenta de que nuestro escudero estaba bien versado en la historia de Don Quijote, pero, como muchos españoles del pueblo llano, creía firmemente que la historia era verdadera.

“Todo eso ¿sucedió hace mucho tiempo, señor?”, me dijo con mirada inquisitiva.

“Hace muchísimo”, le respondí.

“Podríamos decir que más de mil años”, insistió con mirada dubitativa.

“Podríamos decir que no menos.”

El escudero se dio por satisfecho. Nada complacía más a aquel criado sin doblez que el que yo le comparase con el famoso Sancho por su afición a la buena mesa y durante todo el viaje, él mismo no se dio otro nombre.

Una vez terminada nuestra colación, extendimos nuestras capas sobre la hierba, bajo un árbol, y nos permitimos el lujo de una siesta al estilo español. Pero las nubes que iban apareciendo en el cielo y un viento recio que se levantó del sudoeste nos avisaron de que era mejor partir. Hacia las cinco llegamos a Osuna, una ciudad de quince mil habitantes, situada en la falda de una coli-

na, con una iglesia y un castillo en ruinas. La posada estaba extramuros; tenía un aspecto poco acogedor. Como el atardecer era frío, los huéspedes se apiñaban alrededor de un *brasero* en una chimenea que hacía esquina; la posadera era una vieja seca que parecía una momia. Todos nos miraron con cierta reserva, como suelen mirar los españoles a los extranjeros; un saludo cordial y respetuoso por nuestra parte, tratándoles de caballeros y tocándonos el ala del sombrero, satisfizo su orgullo español; y cuando nos sentamos con ellos, encendimos nuestros cigarros puros y ofrecimos la purera a todo el corro, nuestra victoria fue completa. Nunca he conocido un español, no importa su rango o condición social, que sufra el que le superen en cortesía; y para el español normal el regalo de un cigarro (*puro*) es irresistible. Hay que tener cuidado, sin embargo, de no hacer nunca un regalo con aire de superioridad o condescendencia; se siente demasiado *caballero* para recibir favores a costa de su dignidad.

Tras dejar Osuna temprano, a la mañana siguiente, nos internamos en la *sierra*. La carretera zigzagueaba por un paisaje muy pintoresco pero solitario; y una cruz aquí y allá, al lado del camino, recuerdo de un crimen, mostraba que estábamos adentrándonos en los “dominios de los bandoleros”. Esta región agreste e intrincada, de llanuras silenciosas y valles cortados por montañas, siempre ha sido famosa por sus bandoleros. Aquí fue donde Omar Ibn Hassan, famoso jefe de bandidos en tiempo de los moros, ejerció un poder tiránico en el siglo IX, disputándose su dominio incluso con los califas de Córdoba. También ésta es parte de la región que, durante el reinado de Fernando e Isabel, Ali Atar, antiguo *alcayde* de Loxa y suegro de Boabdil, arrasó en tantas ocasiones que acabaron llamándola el jardín de Ali Atar y aquí tenía su guarida favorita “José María”, famoso en la historia del bandolerismo español.

A lo largo del día pasamos por Fuente la Piedra, cerca de un pequeño lago salado del mismo nombre, una preciosa lámina de agua que reflejaba como un espejo

las lejanas montañas. Entonces avistamos Antequera, la vieja ciudad de reputación bélica que yace en el regazo de la amplia sierra que recorre Andalucía. Ante ella se extiende una notable vega, un ejemplo de suave fertilidad en medio de un marco de montañas rocosas. Cruzando un tranquilo río, nos acercamos a la ciudad entre setos y jardines en los que los ruiseñores estaban lanzando sus trinos vespertinos. Llegamos a sus puertas al anochecer. Todo, en esta venerable ciudad, tiene un auténtico marchamo español. Está demasiado apartada de los caminos frecuentados por los extranjeros como para que sus costumbres se hayan visto afectadas. Aquí pude ver personas de edad que aún llevaban la *montero*, la tradicional gorra de caza, que antes era común en toda España; sin embargo, los jóvenes usaban un pequeño sombrero de copa redonda, con el ala vuelta todo alrededor, como una taza puesta boca abajo sobre el platillo; el ala estaba adornada con pequeñas borlas negras, como escarapelas. También las mujeres llevaban todas *mantilla* y *basquiña*. La moda de París no había llegado a Antequera.

Proseguimos el camino por una calle espaciosa y llegamos a la posada de *San Fernando*. Como Antequera, aunque es una ciudad importante, se encuentra fuera de las rutas de viaje, como ya dije, yo pensaba encontrar habitaciones malas y pobre comida en la posada. Me vi agradablemente sorprendido, sin embargo, por una mesa ampliamente surtida y, lo que aún era más agradable, unas habitaciones buenas y limpias y unas camas cómodas. Nuestro hombre, Sancho, se vio tan rico como cuando su tocayo estuvo al frente de la cocina del duque y me informó, cuando me retiraba a dormir, que había sido una ocasión excelente para las *alforjas*.

Por la mañana temprano (el 4 de mayo) di un paseo hasta las ruinas del antiguo castillo moro que había sido construido sobre las ruinas de una fortaleza romana. Desde allí, sentado en los restos de una torre derruida, disfruté de un extraordinario y variado paisaje, hermoso

por sí mismo y repleto de románticos recuerdos históricos; porque me encontraba en el mismo corazón de un país famoso por los caballerescos enfrentamientos entre moros y cristianos. A mis pies, en el regazo de las colinas, yacía la vieja ciudad guerrera tantas veces mencionada en crónicas y romances. Por aquella lejana puerta y bajo aquella lejana colina marchó la hueste de caballeros españoles, escogidos entre los de más alto rango y más temerarias hazañas, para realizar el ataque, durante la guerra de Granada, que acabó en lamentable masacre entre las montañas de Málaga y cubrió de duelo a toda Andalucía. Más allá se extiende la vega, cubierta de huertos y jardines y campos de trigo y esmaltadas praderas, inferior sólo a la famosa *vega* de Granada. A la derecha, el Peñón de los Enamorados, que se extiende sobre la planicie como un cortado promontorio rocoso, desde el que, desesperados y a punto de ser alcanzados por sus perseguidores, se arrojaron la hija del *alcayde* moro y su amante.

El toque de maitines en la iglesia y el convento que tenía a mis pies resonó con placidez en el aire matinal, mientras descendía. La plaza del mercado comenzaba a bullir con la gente que comerciaba con la abundante producción de la vega, porque éste es el centro de una región agrícola. En el mercado había a la venta gran cantidad de rosas recién cortadas porque no hay dama o damita en Andalucía que piense que su atavío de *gala* está completo sin una rosa que brille como una gema entre sus negros cabellos.

A mi regreso a la posada encontré a nuestro Sancho en entretenida conversación con el patrón y dos o tres de sus habituales satélites. Les acababa de contar algún hecho prodigioso de Sevilla que el posadero, picado, quería emular con otro, igualmente maravilloso, de Antequera. Hubo, en tiempos, una fuente en una de las plazas públicas, llamada *il fuente del toro*, porque el agua salía por la boca de una cabeza de toro labrada en piedra. Bajo la cabeza se hallaba la inscripción:

En frente del toro
Se hallen tesoro

(Frente al toro hay un tesoro). Fueron muchos los que cavaron frente a la fuente, pero desperdiciaron su esfuerzo y no hallaron dinero alguno. Por fin, un individuo más inteligente leyó la inscripción de otra forma. Es *en la frente* del toro donde hay que buscar el tesoro, se dijo, y yo soy el que lo va a hacer. Así que bien entrada la noche se llegó con un mazo y destrozó la cabeza del toro; y ¿qué creéis que encontró?

“Un montón de oro y diamantes”, exclamó Sancho con prontitud.

“No encontró nada”, dijo el posadero con sequedad, “y arruinó la fuente”.

Sus compadres lanzaron una gran carcajada al ver a Sancho burlado por lo que yo supongo era una de las bromas habituales del posadero.

Salimos de Antequera a las ocho y cabalgamos con gran placer a lo largo del riachuelo, entre huertos y jardines fragantes con los olores de primavera y llenos de música con las notas de los ruiseñores. Nuestro camino pasaba cerca del Peñón de los Enamorados que se elevaba, en un precipicio, sobre nosotros. En el curso de la mañana pasamos por Archidona, situada en el centro de una alta colina, con una montaña con tres picachos elevándose sobre ella y las ruinas de una fortaleza mora. Costó un gran esfuerzo subir una pendiente escalera de piedra que llevaba al centro de la ciudad, aunque tenía el animoso nombre de *Calle Real del Llano*, pero fue aún mayor esfuerzo bajar de esta ciudad de montaña hasta el otro lado.

A mediodía nos detuvimos a la vista de Archidona, en un agradable pradillo entre las colinas cubiertas de olivos. Tendimos nuestras capas sobre la hierba, bajo un olmo, junto a un riachuelo saltarín; dejamos con maniotas los caballos donde pudieran pacer la hierba y le di-

